

AGENDA CIUDADANA

¿UN MEXICO CHINO?

Lorenzo Meyer

Explicación.- A partir de la consolidación del régimen que surgió de la revolución mexicana, algo del espíritu soviético apareció en la vida política de México y ese algo no ha desaparecido del todo. Obviamente, la semejanza entre Rusia y México en el siglo XX no se encuentran en las grandes líneas de política económica, social o exterior, pues la vida en México se movió por la margen izquierda sólo por un breve período y eso sucedió hace sesenta años, con Lázaro Cárdenas. No, la similitud en los procesos que caracterizaron los desarrollos ruso y mexicano tras la conclusión de sus respectivas revoluciones, se encuentra en el estilo y espíritu de sus respectivas clases y partidos gobernantes. En los dos casos el centro del escenario postrevolucionario lo ocupó una burocracia montada en un partido de Estado y dedicada, final y primeramente, a consolidar, perpetuar y agrandar el campo de sus privilegios de casta. La burocracia soviética lo hizo por la vía del socialismo, el totalitarismo y una red internacional de apoyo; la mexicana lo hizo por la vía más suave del autoritarismo, una relación subordinada con la gran potencia dominante y un capitalismo periférico mezclado con cualquier cantidad de elementos que adoptaba y cambiaba según la época: continuación de la producción y exportación de productos primarios por empresas extranjeras en los años veinte; el ejido, las cooperativas, el sindicalismo y las nacionalizaciones en los treinta; la economía mixta y sustitución de importaciones en beneficio de una burguesía aliada a la clase política entre los años cuarenta y setenta, y finalmente, al final del siglo, la integración al mercado norteamericano, la privatización y la concentración acelerada de riqueza en una

burguesía globalizada pero tan ligada y subordinada a la clase política como su antecesora.

El Modelo Soviético.- A Oscar J. González, un estudiante mexicano graduado de la Universidad de Stanford, le pareció que la similitud entre los sistemas de poder de México y la antigua Unión Soviética (URSS) podía abordarse de manera sistemática. El resultado es un artículo aún no publicado que examina la coyuntura mexicana a la luz del desarrollo y crisis del sistema soviético (“*Spitting into the Wind. The Mexican and Soviet Reforms: A Comparative Study*”).

El punto de partida es un modelo elaborado por Janos Kornai en The Socialist System (Princeton, 1992) que, *post facto*, explica las causas que llevaron a que el reformismo “desde arriba” de Mijail Gorbachov fuera la excavación de su propia tumba. En esencia el argumento es el siguiente. Una vez que los líderes soviéticos, se vieron obligados a iniciar una reforma del sistema económico –sus ineficiencias eran ya políticamente insoportables--, introdujeron cambios tan sustantivos en el resto de las estructuras, que en poco tiempo el modelo dejó de funcionar y se desplomó. Donde una vez hubo una gran potencia, sólo quedó una pluralidad de sistemas políticos muy débiles, capaces de influir apenas de manera secundaria en los acontecimientos mundiales y cuya evolución es impredecible.

Kornai sostiene la inviabilidad de una reforma desde arriba en un sistema como el soviético. Si una estructura de poder como esa cambia sus principios fundamentales, inevitablemente inicia el camino de su destrucción pues introduce disfunciones en el resto de sus componentes, relacionadas entre si como una fila de fichas de dominó: si la primera ficha cae hacia atrás, el resultado final es la caída del

conjunto. Kornai presenta el funcionamiento del sistema de poder soviético como un mecanismo formado por cinco bloques interrelacionados. El primero y fundamental son las reglas del juego político: el monopolio absoluto del poder por un partido cuyo centro está completamente ocupado por una ideología igualmente monolítica y totalizadora que no admite alternativas. El segundo es el sistema productivo, donde el factor dominante es la propiedad estatal. El tercero corresponde al sistema de distribución de los recursos, las cuotas de producción y las recompensas; este proceso se lleva a cabo mediante un mecanismo de coordinación burocrática donde el mercado no tiene importancia. El cuarto está compuesto por los intereses de los actores centrales del sistema --la gran burocracia— y en donde domina una negociación sistemática de las responsabilidades y privilegios dentro de un plan central pero donde una relación paternalista es el factor de cohesión de toda la pirámide del poder. El quinto y último bloque es la economía socialista, donde tiene lugar un tipo de crecimiento forzado en ciertas áreas y una escasez crónica en otras, un pleno empleo formal pero un subempleo real dentro de cada planta (trabajo redundante) y donde el intercambio con el exterior desempeña un papel secundario. Cada uno de estos bloques o arenas, en su funcionamiento normal, refuerza y depende de las otras. De ahí que cuando la normalidad desaparece, los cambios en una de las áreas se trasladan, inevitablemente, al resto y llevan a una disrupción general del conjunto.

Cuando la cúpula dirigente soviética decidió iniciar reformas en el sistema de precios y revitalizar al sector privado buscando dar forma a un “socialismo de mercado”, todas las fichas del dominó empezaron a caer. La reforma económica produjo resquebrajaduras serias en la estructura ideológica y el partido. La

liberalización política propició el resurgimiento de la sociedad civil y con ello surgieron inconsistencias de fondo; la principal fue la pérdida del monopolio del poder, razón de ser del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). La gran burocracia perdió poder en favor del nuevo sector privado y la tradición totalitaria chocó con la búsqueda de independencia de los componentes del nuevo pluralismo político y económico. Finalmente, las reformas mismas no resolvieron los grandes problemas materiales de la sociedad –entre otras razones, porque fueron saboteadas por la propia burocracia-- pero si erosionaron los cimientos del sistema clásico, lo que desembocó en su crisis terminal y abrió las puertas al cambio real.

El Modelo Mexicano.- La estructura del sistema clásico de poder en México, y siguiendo el paradigma de Kornai adaptado por González, sería éste: la arena o bloque inicial lo conforma el monopolio político del PRI, el segundo contiene al aparato estatal como el factor dominante de la economía pero con un sector privado relativamente grande, el tercero está compuesto por dos elementos: a) las estructuras corporativas del régimen y b) una centralización del poder en la presidencia; el cuarto bloque lo constituye la estructura de privilegios: una industria protegida, una administración pública basada en el sistema de corrupción o de “despojos al vencedor” (*spoils' system*) en beneficio de la burocracia priísta mediante los clásicos arreglos del clientelismo y el paternalismo con el consiguiente desperdicio de recursos e ineficiencia administrativa. Finalmente, el último bloque, según González, es, como en la URSS, una economía ineficiente como resultado de las desigualdades, endeudamiento, inflación, desempleo, recesión y el déficit creciente y crónico en el intercambio con el exterior.

Como en la antigua URSS, a partir de 1982 en México se inicia una crisis estructural, resultado inevitable del agotamiento final de la fase sencilla de sustitución de importaciones. La respuesta fue un “cambio desde arriba” que significó destrucción del proteccionismo, apertura al exterior y privatización. Ello llevó a la erosión de las tradicionales bases de apoyo del PRI: la vieja élite empresarial, los campesinos y los sindicatos. El cambio provocó una división de grandes proporciones dentro del PRI (del neocardenismo a la formación de los partidos encabezados por Manuel Camacho o Dante Delgado, del asesinato de Luis Donaldo Colosio a la insubordinación de gobernadores como los de Tabasco o Quintana Roo). Finalmente, todo lo anterior creó un déficit creciente de legitimidad e ingobernabilidad. Para resolver la acumulación de problemas –un nudo gordiano-- no hay más que una solución: el cambio de régimen, como en Rusia.

Problemas.- El paradigma de Kornai y su adaptación a México constituyen un esfuerzo teórico para entender políticamente lo que sucedió en el siglo XX en los dos países. Sin embargo, la conclusión en ambos casos es demasiado optimista, simple y muy esquemática. Es optimista porque supone que si las “reformas desde arriba” no funcionan, la sola alternativa es transitar a la democracia, único sistema capaz de volver a llenar los odres políticos ya vacíos de legitimidad, elemento imprescindible para que cualquier arreglo político funcione. Sólo teniendo la aceptación voluntaria de la mayoría de los gobernados la mayor parte del tiempo, puede el gobierno cumplir adecuadamente sus funciones.

El problema de esa conclusión tan positiva para la democracia se pone de manifiesto en el caso de China. Ahí hay un enorme país con un sistema político muy

similar al soviético, donde una “reforma desde arriba” combinada con una represión a fondo en momentos críticos (Tienanmen en 1989), permitió a los dirigentes hacer lo que los soviéticos no pudieron: crear condiciones de compatibilidad entre el mantenimiento del poder por el partido de Estado y la apertura de la economía a las fuerzas del mercado tanto interno como externo. Ello ha dado lugar a un gran flujo de capital externo y a un vigoroso comercio con el exterior, basado en buena medida en lo barato y disciplinado de su mano de obra.

Hasta ahora, aunque no sin problemas, en China si está funcionando el “socialismo de mercado”. De 1991 a 1998, el país más poblado del mundo tuvo un crecimiento del 12% anual en promedio. En la China de la “reforma desde arriba”, la actividad del Estado representa el 30% del Producto Interno Bruto (PIB) y el resto corresponde a la economía privada, aunque en realidad la empresa propiamente capitalista, urbana y globalizada –la moderna--, sólo representa el 10% del PIB. Como sea, en China hay crecimiento con una creciente desigualdad social, justamente como resultado de la acción del mercado —el 20% de la población con mayor ingreso recibe el 50.2 % del ingreso disponible total, en tanto que el 20% más pobre tiene que conformarse con el 4.3%. La esencia del socialismo chino ya se perdió, la ideología carece de contenido y, sin embargo, la élite comunista permanece unida. Esa unidad no obstante el cambio profundo del paradigma ideológico y económico, se explica en buena medida porque la clase política es también la principal beneficiaria de la privatización, la exportación y del crédito de los bancos del Estado (entre el 40% y el 60% de esos créditos son hoy incobrables por razones no enteramente distintas a las que en México dieron por resultado el Fobaproa). En efecto, con gran frecuencia los

dueños de las empresas privatizadas no son otros que los hijos o allegados de los máximos dirigentes del Partido Comunista Chino (como en el caso de la familia de Hank González). Hay pues una reconversión por la vía de las estructuras familiares de la gran burocracia en gran burguesía, lo que ha permitido hacer privadas las ganancias y públicas las pérdidas. (Véase la reseña de Liu Binyau y Perry Link del libro de la economista china, He Qinglian, en *New York Review of Books*, 8 de octubre de 1998).

Para He lo más importante que ha ocurrido en China en los últimos diez años no es tanto el crecimiento económico sino el colapso ético. Sin embargo, es precisamente por ese crecimiento económico que la corrupción estructural en China no ha llevado al colapso sugerido por Kornai y González. Todo lo contrario, el cambio ha hecho que existan los recursos para recompensar las fidelidades políticas de la gran burocracia y para mantener tranquilas a las clases medias emergentes.

De lo anterior se puede concluir que la posibilidad de que en México se de un colapso final del viejo orden según el modelo de Kornai, existe. Pero también existe la posibilidad de que el proceso desemboque en una reconversión al estilo chino. La clase política priísta puede aún lograr dar el salto del modelo económico basado en la sustitución de importaciones al globalizado sin perder la esencia del control del poder, es decir, la presidencia. Aceptando el pluripartidismo pero rechazando la esencia de la democracia: la rendición efectiva de cuentas (el mejor, pero no único ejemplo, es el Fobaproa). Una salida “a la china” en México depende de que no se repita la crisis de diciembre del 94, que el Tratado de Libre Comercio mantenga un flujo importante de capital extranjero, que la nueva gran empresa siga beneficiándose de su apoyo al PRI y viceversa, que el desafío interno al presidente representado por Madrazo o Manuel

Bartlett *et al*, termine en una negociación y, finalmente, que la oposición siga tan dividida como hasta ahora.

En suma, el “México soviético” puede finalmente ser superado, pero se corre el peligro de sustituirlo no por la democracia sino por el “México Chino”.